

eISSN: 2387-1555

DOI: <http://dx.doi.org/10.14201/rea2019795117>

CONTRACARA: MULTIFUNCIONALIDAD RURAL, SUBJETIVIDAD Y CONSUMO EN LA PATAGONIA CHILENA

Counterface: rural multifunctionality, subjectivity and consumption in Chilean Patagonia

Contracara: multifuncionalidade rural, subjetividade e consumo na patagônia chilena

Juan Carlos RODRÍGUEZ TORRENT

CINVT-Facultad de Arquitectura, Universidad de Valparaíso, Chile

✉ juancarlosrodriguez@yaboo.com

Nicolás GISSI BARBIERI

Departamento de Antropología, Universidad de Chile, Chile

✉ ngissi@uchile.cl

Fecha de recepción: 30 de octubre de 2018

Fecha de aceptación: 17 de diciembre de 2018

RESUMEN: Planteamos en este artículo una vista de la ruralidad, apreciada como lugar de consumo por sujetos externos a su expresión socio-territorial y productiva. Desarrollamos la idea de que la ruralidad dentro de los marcos de la multifuncionalidad que le caracteriza, rompiendo la idea recurrente de que es un lugar de expulsión y de los atributos que posee como lugar hoy en día, está generando un proceso de migración inversa: ciudad-campo. No lo postulamos como tendencia, sino que lo reconocemos como un aspecto cualitativo y subjetivo devenido de la decepción de la modernidad y sus figuras icónicas del progreso y del bienestar vividos en el mundo urbano. Tomamos como referencia la Patagonia; las tierras australes del fin del mundo, las que por su lejanía y sus diversos ecosistemas, abren la posibilidad de un reencantamiento de la propia vida a partir de valores posmaterialistas y de una redefinición de la posición de las poblaciones originarias.

Palabras claves: ruralidad; patagonia; territorio; consumo; multifuncionalidad.

ABSTRACT: We propose in this article a view of rurality, appreciated as a place of consumption by external subjects to its socio-territorial and productive expression. We develop the idea that rurality within the frames of multifunctionality that characterizes it, breaking the recurrent idea that it is a place of expulsion and the attributes it has as a place, allows a process of reverse migration: city-field. We do not postulate it as a trend, but we recognize it as a qualitative and subjective aspect of the deception of modernity and its iconic figures of progress and well-being experienced in the urban world. We take Patagonia as a reference; the southern lands of the end of the world, which due to their remoteness and their diverse ecosystems, open the possibility of a re-enchantment of one's life based on post-materialist values and a redefinition of the position of the original populations.

Keywords: rurality; patagonia; territory; consumption; multifunctionality.

RESUMO: Propomos neste artigo uma visão da ruralidade, apreciada como local de consumo por sujeitos externos à sua expressão socioterritorial e produtiva. Nós desenvolvemos a ideia de que a ruralidade no âmbito da multifuncionalidade que a caracteriza, quebrando a ideia recorrente de que é um lugar de expulsão e os atributos que possui como lugar, permite um processo de migração inversa: cidade-campo. Não o postulamos como tendência, mas reconhecemos como um aspecto qualitativo e subjetivo devindo da decepção da modernidade e suas figuras icônicas do progresso e do bem estar vividos no mundo urbano. Tomamos a Patagônia como referência; as terras do sul do fim do mundo, porque seu afastamento e diversos ecossistemas, abrem a possibilidade de um reencantamento da vida a partir de valores pós-materialistas e uma redefinição da posição da população original.

Palavras-chave: ruralidade; patagônia; território; consumo; multifuncionalidade.

I. Introducción: modernidad, ruralidad y multifuncionalidad

El proyecto moderno va de la mano del modo de producción capitalista. Todos los cambios que ha sufrido han ido acompañados con el propio desarrollo, contradicciones y encrucijadas del mismo hasta el presente. Esto no significa que lo ideológico como fundamento y lo material como concreción de la experiencia situa-

da, hayan tenido siempre una sintonía eficiente. Valores como la dignidad humana, y la misma apuesta por la razón, que han sido un traje a medida dentro de una imagen de la historia, parecían colinas inexpugnables cuando el sistema económico, en apariencia, podía crecer de manera infinita. Que su fórmula abrazara el planeta en plenitud con su *cronos devorador* y que, a partir de la revolución industrial y la producción seriada por más de un siglo se llegara a los límites, no parecía una cuestión que hubiese que cuestionarse mayormente. La concepción del trabajo fue puesta como viga maestra en casi todos los planos de la existencia humana; como arquetipo del *ser para* el trabajo y del disciplinamiento, y su imaginario es tan potente que su contranarrativa omite las cualidades del hombre-mujer. El trabajo constituye en la cultura occidental la dimensión humana que establece una relación orgánica con el mundo y expresa las substancias y energías para alcanzar los objetivos de la existencia, articula las sociabilidades y cimenta la sociedad, en cuanto cada expresión del presente recupera su propia figura del pasado, y enlaza con la propia visión del futuro.

Hoy, los últimos 50 años diremos, esta relación ideológica y material entre memoria como reapropiación, y destino como imaginario, deseo y aspiración, y que opera como segunda piel, comienza a desagregarse y es más bien incómoda como figura utópica que orienta el hacia «dónde». El arquetipo de aquellas cosas que podían ser apropiadas racionalmente y que ha movido el modelo civilizatorio a través del trabajo como lo encontramos en Marx, está mutando aceleradamente hacia encrucijadas difíciles de esquivar; el dominio, la confianza y la expansión de las capacidades para controlar el propio proyecto de vida se vuelve inasible y tiene perversas contradicciones para regimenter un discurso de la estabilidad y la convicción. El orden social, económico y ambiental atraviesa profundas tensiones, y ya no es capaz de producir un conjunto excedentario de productos vitales para la población. Barbaries como el holocausto, Vietnam, la bomba atómica; los Balcanes, las persecuciones en el Tibet, la destrucción de la amazonia, la contaminación y el cambio climático, son más que una sombra de un proyecto; la vida misma en la ciudad asediada por bolsones de pobreza y servicios incompletos e ineficientes, dan cuenta de la dislocación entre lo humano y las cosas. Lo mismo, frente a las huellas hídricas y de carbono de la economía industrial, el calentamiento global y la extinción de especies se reconocen en amplia espectralidad. Son una patología, aparentemente sin alternativa y sin alternatividad, que retrotrae o prefigura un arquetipo de lo deseable, aunque también implica una transmutación de los saberes y formas de apropiación de estar y hacer en el mundo.

La relación entre un orden social y una mentalidad general, donde el trabajo construye el sentido de las particiones tiempo-espacio, como manera de concebir, aspirar, organizar, valorar y concretar la práctica y los encuentros, como expresión del hacer y el saber, desdibujan la naturaleza social misma de nuestra condición de seres con otros. Los objetos son los mediadores para que ello ocurra, pero saturan material y simbólicamente cada espacio, hasta volverse incómodos. La ética protestante y el sentido del trabajo como camino de realización, las ideologías políticas como proyectos y aspiraciones colectivas después de la caída del muro de Berlín y el ascenso del neoconservadurismo, la idea de progreso a través de la revolución científica y técnica, la social, y la idea de futuro como mitos fundadores de la modernidad, cuentan con escaso o nulo prestigio. La burocratización de la vida, el sinsentido y aburrimiento, dan cuenta de la devaluación y del ocaso de una forma de pensar. Más aún, se trata del fin de las tres modernidades fundantes de nuestra cultura como señala Jacques Attali (2015); la del Ser, la de la Fe y la de la Razón. Es decir, hay una grieta abismal de todas las formas de pensar proyectivamente la idea del futuro que tendremos en el futuro; de cómo el futuro es pensado y

preparado, y que para muchos inextricablemente es un proceso planetario de occidentalización¹ (op.cit).

Nos sabemos sin raíces, de lugar en lugar, y dentro de Occidente no hemos llegado donde queríamos estar. Tampoco sabemos dónde vamos a llegar. Si se trata de un extravío, quiere decir que poco o nada hemos aprendido de la historia, o que hemos prestado escasa atención a la misma. Por cierto, esta condición ha dado lugar no solo al pesimismo, sino a la incertidumbre. Sin embargo, al final caemos en la cuenta de que nadie puede sustraerse a la condición de incertidumbre sobre lo que depara el camino en común, pero ello no nos puede hacer caer en la tentación y generalidad de que todos somos igual de vulnerables, ya que solo algunos tienen posibilidades de elegir y refugiarse en algún jardín edénico. Y, es precisamente en la cotidianeidad donde estamos conminados a elegir, donde debemos encontrar uno de los ejes cardinales para explorar y reformular los proyectos de vida frente a la experiencia agobiante y dislocada que hemos construido.

Si bien la vida urbana, o «era urbana», permiten una cierta definición asociada a cómo estamos viviendo y cómo nos estamos relacionando, algunas ruralidades representan una vida en movimiento que no expresa completamente el mundo privado y público como lo revela la vida urbana. Es decir, la asociatividad, las formas de hacer comunidad, de desplazarse, de percibir las estaciones y apreciar los elementos, de organizar el día, los modos como las personas imaginan el desarrollo o articulan una cierta noción de futuro, pareciera ser un mundo etnográfico aún por explorar y que opera también como contracara de la modernidad urbana, por lo que la racionalidad moderna crea sus propios espejismos a partir del arquetipo del arcaísmo. Más bien, esta condición más subjetiva de la existencia, lejana de un tipo ideal weberiano, demuestra que existen otras modernidades imaginarias. De ahí que, un intento de explicación o comprensión sobre cómo se están experimentando los cambios socioespaciales y socioculturales dentro de la modernidad capitalista, sus actos fallidos y contradicciones, está dado por las contacas de los contextos específicos de las vidas cotidianas en «lugares otros», donde se ponen en juego el saber, el hacer y el sentido de la existencia.

II. Marco referencial: morfogenética y nueva ruralidad en tiempos posmodernos

La ruralidad, o nueva ruralidad, es esencialmente irregular y multisignificante, y como tal ofrece diversos escenarios y perspectivas de lectura si la miramos desde adentro hacia fuera, desde adentro hacia sí misma o desde afuera hacia adentro. No todos los lugares tienen las mismas subordinaciones, despiertan el mismo interés o tienen las mismas tensiones. La ruralidad es una configuración socio-espacial que marca condiciones de despoblamiento y repoblamiento, de transformación de la fuerza de trabajo y de los sistemas productivos, que resignifica a través de la tecnología, las comunicaciones, la escolarización y las relaciones de mercado los mundos culturales y simbólicos. Y, por cierto, respecto de ella «... hoy nadie discute que la agricultura ha dejado de ser el centro de la supervivencia económica de las sociedades rurales y que la pluriactividad, en tanto combinación de actividades y fuentes de ingreso de las familias, las caracteriza» (SALAS, 2016: 149). Pero, asimismo, nadie discute que existen migraciones inversas en las que también emergen búsquedas de sentidos existenciales, que articulan una combinatoria de simplicidad arcaica con valores posmodernos, que revela el desencanto y vacío indicado más arriba (i.e. salir del mundo del trabajo), y que requiere ser llenado de alguna manera por la imaginación o un imaginario colectivo.

América Latina, la rural, constituye un importante «refugio de lo natural» y un escenario apropiado pa-

¹ Otras modernidades que se ofrecen como futuro, como la nostálgica, instantánea, teológica, ecológica y étnica, tampoco tendrían destino. Para Jacques Attali (2015), la única que podría conducir a un futuro de otro orden sería la altruista, que ayudaría a mantener su identidad, la libertad y creatividad (op.cit).

ra «fantasías escapistas» (NOUZEILLES, 2002: 13-14), que favorecen huir de un mundo extremadamente tecnologizado y de la alienación urbana. Es también un «repositorio de valores estéticos y políticos» (op.cit. 28), que afianza una iconografía de la seducción; la naturaleza constituye la materia prima que articula una de las dimensiones económicas con las ideológicas dentro del capitalismo y los procesos coloniales, así como también activa algunas de sus ficciones geográficas dentro de un mercado de valores posmoderno. De modo que, lo rural y la naturaleza se convierte en uno de los principales puntos de «atracción ecoturista» (SCHIWY, 2002: 203), al igualar naturaleza con paisaje.

En perspectiva, la «nueva ruralidad» como binomio integración-desintegración de modos de vida en la dimensión de las existencias antiguas, nuevas y emergentes, señala entre sus rasgos más decisivos que cuando se trata de exponerla como territorio y no como determinante geográfica, corresponde a una práctica histórica y cultural que es soporte en el espacio para que se diseminen las infraestructuras y las diversas actividades y acciones humanas que dan forma a una identidad localizada. Pero, en el marco de las formaciones sociales no es solo un paisaje económico, sino también una encarnación de una periferia complementaria a la demanda existencial de la urbe. Dentro del capitalismo tardío, se verifica hoy un proceso radical de transformaciones sociales, productivas, territoriales y simbólicas que le resignifican; y, simultáneamente, a partir de sus entrecruzamientos y operaciones simbólicas y materiales, una dificultad para nombrar lo que contiene, ya que también ocupa una posición central dentro de las lógicas renovadas del colonialismo².

«Lo rural», conforme a los procesos generalizados de mercantilización de la tierra, los renovados usos y las «expulsiones» (SASSEN, 2015), aplicaciones tecnológicas, definiciones productivas, cambios de propietarios y nuevas intervenciones, la interpenetración de la urbe con su modelo industrial en el mundo agrícola y campesino, las lógicas de empleabilidad, y las nuevas valoraciones científicas, técnicas e ideológicas (conservación y preservación), es lo que ha dado paso a la consideración de la llamada Nueva Ruralidad Latinoamericana. Conceptualización que re-describe la relación de autonomía entre los sujetos y la actividad económica directa como lo propuso E. Wolf, referido al modo de vida asociado al trabajo agrícola, ganadero, forestal y pesquero artesanal, como fuente de recursos para la reproducción social y biológica de las unidades domésticas.

En algunos casos, queda definida por el tránsito de lo agrícola hacia lo agroindustrial y urbano, lo que significa en sus rasgos más generales una alteración de las prácticas de la cotidianeidad y sus rituales, el trabajo como fuente de recursos para procurar la reproducción diaria y generacional, la sociabilidad laboral y comunitaria, la forma de concebir y habitar el espacio. Por ello, el arco de expresión de estas nuevas formas de ordenamiento y disposición de objetos, sujetos y actividades constitutivas de las relaciones de trabajo y la sociabilidad tradicionales, operan desde un desanclaje total del tejido social y de la desestructuración de las formas de pertenencia, hasta nuevos tipos de rearticulación comunitarias y avecindamientos (SALAS, RIVERMAR y VELASCO, 2011; MARTÍNEZ y VALLEJO, 2016).

En este sentido, autores como Barkin (2001); Bonnal (2004); Carton de Grammont (1999); Carton de Grammont y Martínez (2009); Llambí (1996); Llambí y Pérez (2007), entre otros, establecen que se trata de un escenario de modificación de las fronteras productivas, disputa de recursos, cambio de uso del suelo, especu-

² Nos referimos a los dispositivos y la energía puesta en los territorios para obtener recursos escasos y acumulación y aprovechamiento de la riqueza, y cómo la naturaleza sigue siendo una dimensión de carácter instrumental para justificar -en los marcos de la globalización- la intervención imperial y colonialista. En este sentido, sostenemos que sigue siendo importante para construir las relaciones centro periferia, también leída como par categorial *nosotros otros*, para favorecerla propia autodefinición de los países centrales respecto de sus demandas y necesidades en el plano de la producción y el consumo.

lación inmobiliaria, inversiones diversas, pluriactividad, diversificación, reconversión, descampesinización, articulación a cadenas productivas y de servicios globales (alimentarios y de la industria del ocio), alteraciones demográficas, participación de nuevos actores, nueva construcción social del espacio, trabajo extrapredial y venta de fuerza de trabajo para completar ingresos, valorización y desvalorización del espacio, colonizaciones y neocolonizaciones, y nuevos simbolismos y formas de consumo³. Podríamos afirmar que, también estructuralmente asistimos a una contra-urbanización que demanda espacios rurales para consumo no productivo (i.e. parcelaciones de agrado, lugares de silencio), la modificación de la estructura tradicional y laboral de los poblados por actividades secundarias y terciarias, y una transformación de los estilos de vida rurales apreciados dentro de los valores de la modernidad.

De este modo, el espacio rural y el espacio agrario pierden sentido unívoco, redefiniendo nuevas funciones y usos del suelo, así como migraciones inversas cuyo eje de destino es de residencia o turismo. Su estatuto, es definido por: «La nostalgia por el equilibrio ecológico perdido en el camino hacia el progreso y la demanda creciente por experiencias menos artificiales, no mediadas, de lo natural, [las que] han alentado también el desarrollo de variantes híbridas... turismo aventura, el agroturismo, el etnoturismo y el ecoturismo...», señala Gabriela Nouzeilles (2002: 12-13). Sin embargo, si bien esto constituye un ideograma o elemento ideológico de base -que cruza las condiciones de subsistencia, así como otras relaciones políticas y existenciales-, con capacidad morfogenética que propone y da forma al mundo, debe relativizarse.

No todos los países tienen las mismas extensiones de tierras para ser recorridas y apreciadas, las mismas intervenciones, el mismo ritmo de desarrollo rural; y, al interior de los países, también se constituyen zonas más modernizadas o menos modernizadas, más integradas o menos integradas, así como existen ciertas áreas estigmatizadas por falta de conectividad y accesibilidad, las que se pueden transformar en hipervaloradas como veremos más adelante.

La propia fragmentación y jerarquización de un país entre zonas ganadoras o perdedoras, crea o genera condiciones para que aparezcan áreas que llamaremos de «refugio», «confines», «salvajes», «paraísos perdidos» o «vastas soledades» (SERJE, 2005). Condición asociada a criterios relacionados con la administración política, la organización de la población, la disponibilidad de infraestructura y servicios, la relación local-global, el tamaño de la localidad y la densidad poblacional y la distancia de otros centros poblados mayores, y factores asociados al paisaje y atributos naturales que también favorecen el desarrollo de la «nostalgia imperial» (ROSALDO, 1989)⁴.

En este sentido, América Latina rural, al margen de sus macro problemas estructurales y de inclusión-segregación en la economía mundo, representa dentro de las estructuras del capitalismo tardío un impresionante reservorio de imágenes de la seducción en términos de paisajes humanos y naturales. Frente a ellos, hay aparatos retóricos, sistemas de ideas y unidades de negocios que en distintos formatos resaltan una exuberante iconografía de la naturaleza y de los paisajes, lo que convierte a algunas de sus regiones en un cuerpo-paisaje, en cuerpo-rural-paisaje. Y los cuerpos territorios rurales, se les jerarquiza, se les inventa y se les promociona; se viven, se usan, se recorren, se adornan, y desechan y se agotan dentro de la magia del arcaísmo,

³Dentro de esta nueva ruralidad se sentaron las bases para un proceso de integración territorial a través de cultivos no tradicionales como la soja y otros dirigidos a la elaboración de biocombustibles, que sin duda son icónicos dentro del mundo agropecuario y las cadenas asociadas. También, el cambio de escala y de los tiempos y formas productivas, resintieron los poblados donde anclaba la vida cotidiana. Así, frente a lo que se territorializa y reterritorializa, los espacios y lugares son los que reflejan la intensidad de la afectación de las redes locales y la discontinuidad.

⁴La apreciación contiene la nostalgia por lo primitivo y natural. Es decir, recupera aquello que hemos ayudado a destruir; y, luego también se puede llorar por la pérdida.

de la producción y los buenos negocios.

De este modo, redimensionar el espacio rural y ponerlo en otras constelaciones, demuestra que su contenido es un medio apto y esencial para posibilitar «otras actividades» y «consumar otros sueños» dentro de una modernidad agotada. Con ello, algunas ruralidades-paisajes-cuerpos incrementan su valor y le reposicionan dentro de la figura atávica del desarrollo y posdesarrollo. Ya no es sólo provisión de alimentos como alguna vez lo fue; lo vinculante son bienes y servicios asociados a experiencias, al mundo natural como espacio escapista y de descanso y fórmulas de conservación y protección. Por ejemplo, la revista chilena *Capital*, inicia una crónica con el siguiente título: «Patagonia Hob». Y luego, resalta lo siguiente: «Invertir en la Patagonia está de moda. Desde fines de los años 90 empresarios, ejecutivos políticos y hasta magnates internacionales, miran con apetito las tierras del extremo sur de Chile»⁵

La crónica de la revista destinada para un segmento social interesado en la economía, negocios y actualidad, indica que es más fácil decir qué empresarios no han comprado tierras, que identificar quién no tiene. Sin embargo, la publicación no indica ningún fin especial detrás de estas adquisiciones ubicadas al sur del mundo, pero sí releva a la Patagonia en un lugar de privilegio a nivel internacional, como un lugar único y exclusivo, de lo que se puede establecer que lo que se compra no es tierra, sino ecosistemas⁶, tranquilidad y anonimato.

Por cierto, la Patagonia ubicada entre los paralelos 39° y 49° de latitud sur, casi despoblado con 0.8 y 0.9 habitantes por km², de accidentada geografía, con bosques endémicos, lagos, ríos, milenarios, animales libres, flora única, altiplanos, valles, islas, canales, fiordos y volcanes, superior en amplitud que algunos países de Europa, mantiene casi inalterable la figura de la *Terra Australis Incognita* apreciada por navegantes y exploradores.

Y, en este esquema mantiene vigente la idea de la «Ciudad de los Césares» y «El Dorado», como iconografía de lo virgen, la seducción y la quietud, la que algunos desean frente al desencanto de los efectos colaterales del binomio modernidad-capitalismo.

III. Aspectos metodológicos

La Patagonia por mucho tiempo ha sido considerada *Terra Australis res Nullius* (del sur y sin dueño) como sostiene Zusman (1999), accidentada, de difícil acceso y de ocupación fragmentaria. La extensión total del lado chileno es de 256.086 km², y el argentino de 693.213 km²

Frente a este extenso territorio, la metodología utilizada estuvo orientada por la perspectiva cualitativa. El trabajo de campo se realizó entre los años 2012 y 2017, en el sur de la Región de los Lagos y la región de Aysén, consistiendo en registros etnográficos a partir de un conjunto de observaciones y entrevistas semi-estructuradas en diferentes poblados, realizadas a lugareños, administradores de predios y funcionarios públicos. Se incluyó a ganaderos, madereros, pescadores, emprendedores turísticos, transportistas, pequeños comerciantes, neocolonos y turistas. El objetivo de las entrevistas y observaciones era comprender las tensiones entre la antigua y la nueva ruralidad a partir de diversos avcindamientos, visualizando el carácter multifuncional que adquiere el territorio a partir de la presencia de nuevos actores y fuerzas nacionales y globales de corte proteccionista y extractivista, que reconfiguran las posibilidades locales de reproducción.

⁵ (<http://patagoniasur.com/imagestext/Revista%20Capital%20-%20Patagonia%20Hot.pdf>).

⁶ En la Patagonia, en los Campos de Hielo Sur y Norte, se encuentran las terceras reservas de agua dulce del planeta, después de Groenlandia y la Antártica.

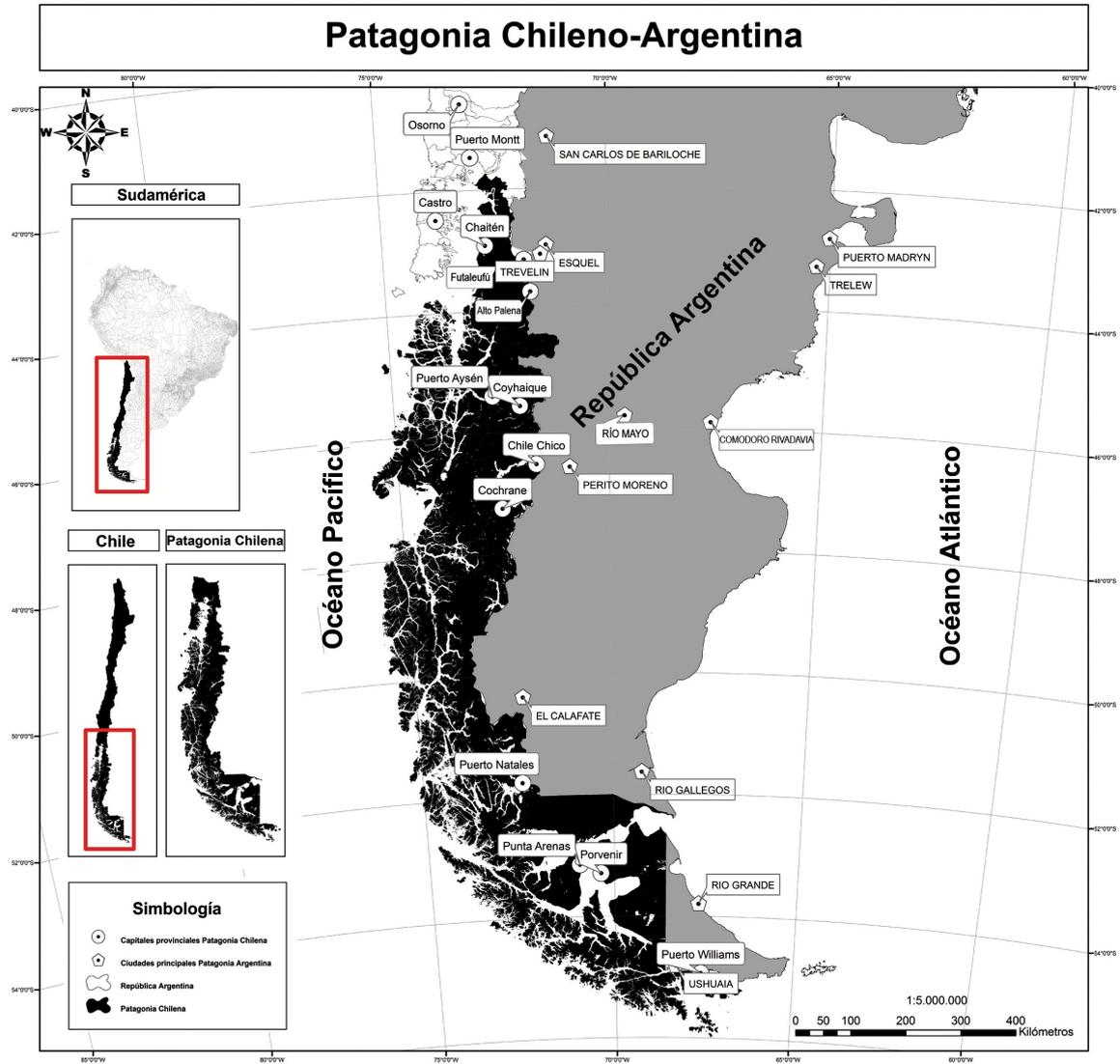


Fig. n.º 1. Localización de la Patagonia. De los autores, conforme al Instituto Geográfico Militar

El esquema, asociado también a información secundaria generada en bibliotecas y bases de datos públicos, permitió una triangulación sustentada en un modelo etnográfico multi-localizado, ya que muchas de las explicaciones de lo que está aconteciendo a nivel local se encontraban más allá de los puntos donde se realizaban los registros. Así pudimos observar procesos de desplazamiento y despoblamiento rural, las amenazas a la matriz de actividades económicas tradicionales que cuestionan los arraigos y modifican las características de la frontera interior, y los nuevos vecindamientos.

De este modo, los diferentes registros de campo indican como hegemonía predicativa que la Patagonia ofrece un conjunto de atributos especiales y sorprendentes que pueden cambiar la experiencia de vida de un/a visitante. Su diversidad de ecosistemas, la amplitud del espacio, los animales libres, la activación de los sentidos y una forma nueva de experimentar el tiempo, operan como catalizadores de una transformación de sí. Esto significa que la majestuosidad de los *grown forest* y la letanía del aislamiento, los caminos ripiados, las chimeneas humeantes de los hogares, los bosques y los ríos, permiten la configuración de una imagen que en gran parte del territorio retrotrae a un tiempo preindustrial; uno que quedó fuera de procesos urbanos, del desarrollo clásico experimentado en gran parte del Chile central y en las zonas mineras del desierto de Atacama, desde fines del siglo XIX. De acuerdo a estos registros, logramos identificar actores y consumidores, y

cómo estos principios orientadores hacia el desarrollo clásico o con fundamentación posmaterialistas, van reescribiendo el territorio y las vidas localizadas dentro de un modelo económico que no posee restricciones para la compra de tierras. De modo que la argumentación propuesta en este artículo, que corresponde a resultados de investigación, expresa la síntesis de esta aplicación metodológica y no un conjunto de testimonios.

IV. Consumiendo la patagonia: dimensión onírica e imaginaria de la ruralidad

«Consumo para el bienestar» significa -en la Patagonia- poner en circulación comercial y aditiva, lugares, experiencias y valores, y disponer de recursos que permiten elegir qué comprar; optando por aquellos objetos y servicios que están asociados al propio buen vivir y que favorecen los procesos de individuación⁷ y establecen una particular comunidad semántica. Elegir, poder elegir los bienes y servicios de experiencia verde, permite explorar y transitar por realidades empíricas y abstractas porque «son portadoras de significado» (DOUGLAS e ISHERWOOD, 1990:88). En este sentido, enfrentar los ecosistemas a través de rutas ripiadas por empresas de la industria del ocio que satisfacen esta demanda, representan una forma específica de eco-negocios; referido a cómo el capital es producido y reproducido dentro de un esquema de «capitalismo verde», que logra capturar el interés en la búsqueda de una necesidad de sentido. Detrás de este modelo de producción y consumo de un mundo «verde», de mercancías, marcas y lugares de excepción, existe una separación entre los objetos de trabajo y el trabajo mismo de tipo local rural, existiendo una operación historiográfica dónde las actividades cotidianas, es decir, las que representan socio-espacialmente el modo de vida, se convierten en un decorado para satisfacer la necesidad de la demanda.

El decorado es una constelación material y simbólica que resignifica la vida, el espacio y el tiempo. Siguiendo a Pratt (1992), es lo que «arqueologiza» a la población rural (o indígena), ubicándola en una condición de pasado histórico, pasando a ser un actor que está más cerca del teatro que de un campesino. Entra en un proceso de estetización funcional a un requerimiento externo, ya que concibe a la naturaleza y la ruralidad como «escena» o una simple «pintura» que se ubican fuera del tiempo presente. Por tanto, la creación o agregación de valor dentro de un esquema verde y de valores posmodernos al modo de Inglehart (1997), alcanza autonomía en relación con quiénes humanizaron el territorio y lo viven cotidianamente, pero se consolida en una comunidad de sentidos nuevos en quién se ruraliza o la experimenta a través de una *eco-estancia* con *eco-lujo*, y sostenida con *eco-valores*. No es la ruralidad en sí, como si fuera una nota musical que se puede aislar, sino son las relaciones que se pueden establecer entre muchas notas que tienen segundos y terceros efectos que construyen una nueva memoria sensorial espacializada. Estos efectos sedimentarios crean una constelación para el aprendizaje de nuevos nombres y series que van reterritorializando el espacio rural, dentro de un esquema de nuevos consumos y valores.

De este modo, una empresa de servicios turísticos (i.e.) que establece una racionalidad ecológica-económica, opaca las condiciones de vida e invisibiliza localmente el modo cómo el paisaje y la condición humana entran en constelaciones globales, y cómo se cristaliza un modo de exportación desterritorializado de un «producto» del tipo paisaje. Por tanto, la ruralidad-decorado crea un modelo de generación de rentas simbólicamente verde, que se constituye con distintas entradas, retornos y espejismos, asociados a la felicidad experiencial y la melancolía. El trabajo de la población tradicional queda subordinado al capital para que este

⁷Hablamos de un consumo distinto al consumo alienado, ligado a lo que induce la semiósis publicitaria, y donde lo adquirido se convierte en soporte de un deseo, que se encuentra semióticamente modelizado y que arrastra a cuestiones y constelaciones imaginarias que son propiedades extrínsecas. Y también distinto, al compulsivo, en el que no se tienen alternativas para satisfacer necesidades biológicas, culturales o contingentes.

mediante la operación historiográfica se reproduzca y expanda, separando paisaje de contexto, situándolo fuera del tiempo y sustrayéndole su historia, pero manteniendo una condición de exclusividad (y límite) para sostener una tasa de plusvalía suficiente y de manifiesta segregación.



Foto n.º1. Los recursos rurales son incorporados al circuito del ocio y las experiencias por aforunos.
Fotografía de los autores, tomada en el poblado de Futaleufú, región de Los Lagos, Chile.

Las consideraciones señaladas, reflejan la necesidad capitalista de un control extensivo e intensivo del territorio, imaginando, representando y utilizando sus componentes (HARVEY, 1998). Reivindican la apreciación de la geografía crítica sobre las transformaciones espaciales acontecidas en las últimas tres o cuatro décadas sobre lo natural y lo construido, realzando paralelamente la perspectiva socio-antropológica para la caracterización de los actores y sujetos, las nuevas estratificaciones en términos localizados y las formas de negociación, control y poder que se enfrentan en los territorios rurales. Entonces, si la pluriactividad significa multiplicidad de las fuentes de ingreso de las familias, donde el ingreso agropecuario es uno más, la ruralidad en este proceso es también un mundo de consumos en un doble sentido. Por una parte, afecta a aquellos originarios (locales que se han alfabetizado visualmente y que transforman las imágenes en verosímiles susceptibles de alcanzar, o que ponen un pie fuera del espacio rural a través del trabajo y nuevos intereses que moldean sus presentes y futuros⁸, generando manifestaciones de deseo y aspiraciones que no coinciden con su realidad, identidad y entorno, como proceso –a veces- alienante y desidentitario. Por otra, para aquellos que, huyendo de la urbe, como aventureros y como viajeros del ocio, encuentran en alguna de las ruralidades su propio paraíso terrenal y refugio para satisfacer su propio deseo; condición que busca simple contemplación, alejamiento del mundo o privacidad, pero siempre dentro de un marco de experiencias únicas e incomparables que requieren de subordinaciones de poblaciones y economías locales.

En este segundo sentido, es esencial la consideración de que el espacio rural se ha reestructurado geopolíticamente y geoeconómicamente al interior de los países y regiones⁹, y que hay hombres y mujeres que están dispuestos a elegir algunos lugares para satisfacer una necesidad propia del desencanto de la modernidad

⁸ Algunos factores dignos de consideración en este proceso son el desarrollo tecnológico, la telefonía móvil, la televisión y el internet, que han abierto en el mundo rural una ventana que favorece la construcción de deseos, así como se han convertido fuentes de estímulo para pautas de consumo y nuevos valores que motivan para la búsqueda de nuevas oportunidades de vida y trabajo.

⁹ No desconocemos que una de las reestructuraciones más importantes ha sido la neocolonización a través de cultivos transgénicos como parte del modelo extractivo exportador, el que ha significado la alteración de las estructuras sociales del campo; terminando con formas productivas familiares y semiproletarizando a antiguas unidades campesinas.

y la ciudad depreciada como patrón de asentamiento dominante. Entonces, en esta reestructuración espacial surgen los sujetos «neorurales», que son aquellos que por decisión propia abandonaron la ciudad y establecieron su residencia en el campo; que no es solo un cambio de residencia sino en lo esencial un cambio de vida «fundamentado» en un agotamiento ominoso en la vida urbana y en la búsqueda de amenidades subjetivas y una vida posmaterial. Entonces, «lo rural» se convierte en lugar mercancía o *place commodification* (BRITTON, 1991), en afluyente de una renovación subjetiva que busca arraigo y seguridad frente a la crisis; es búsqueda de naturaleza frente a la saturación urbana, es retiro hacia la «auténtica existencia». Ello, trasparenta un proceso de oposiciones entre lo urbano y lo rural, donde lo rural es revalorizado por ciudadanos, extranjeros, hippies y *outsiders* como una posibilidad de «pertenecer a la naturaleza» y sentirse dueño de recursos escasos como una fracción de bosque o los cursos de agua. Y, para ello, un atributo básico es que la ruralidad sancionada como positiva y deseable no se encuentre afectada al turismo masivo, para que mantenga la «autenticidad».

Como axioma antropológico, sabemos los bienes materiales y simbólicos «son necesarios para hacer visibles y estables las categorías de una cultura» y las mercancías «sirven para establecer y mantener relaciones sociales (DOUGLAS e ISHERWOOD, 1990: 74-75). En este sentido, entre los que miran desde afuera hacia adentro la ruralidad, se encuentra el neocolono y el aventurero que busca un quiebre con la linealidad de la vida urbana. Sabemos, «el aventurero constituye también el ejemplo más recio del hombre ahistórico, de la criatura del presente» (SIMMEL, 2002:21); es el sujeto que en la relectura de lo rural logra distinción frente a los otros fragmentos (momentos) de su propia vida; a través del quiebre trasciende sus propios encadenamientos para abrigar nuevos sentidos y descubrir un significado necesario que le renueve¹⁰.

Simmeleanamente, menos atención se ha prestado a la creación de paisajes y a la protección de paisajes como lugares de consumo y en sus expresiones subjetivas, las que en esta reestructuración no pueden ser trivializadas y deben tener una posición central. Es decir, lo que estaba ahí, a la mano, como elemento intrínseco y consubstancial a la vida cotidiana y a los modos de vida de las poblaciones ligadas a tareas agropecuarias, se pone (o expone) como figura arquetípica y bucólica para ser capturada, apreciada y vivida como «ecoviaje» por otros (SCHIWY, 2002: 204), como contracara del «sacrificio» y «esfuerzo» puesto en la tierra como objeto de trabajo. De modo que, el ecosistema, la geografía y el paisaje humano leído como voluntad, espíritu, carácter, entran como un decorado al mundo de la aventura, «de la extrañeza, a la alteridad, al estar al margen» (SIMMEL, 2002:20); lo que permite en el viaje desde el centro a los márgenes (SCHIWY, 2002: 204) la reinención de la vida de sujetos no rurales, bajo una fórmula atractiva de consumo socioespacial por amenidad, seguridad y belleza, apreciado bajo la fórmula de tiempo cualitativo. Una auténtica operación historiográfica, donde la vida cotidiana y el objeto de trabajo de las poblaciones expuestas a condiciones pauperizadas y de pobreza intergeneracional, es reapropiado y resignificado por un hombre y una mujer urbano que replantean sus vidas de espaldas a la memoria agrícola y de manera crítica frente a las fuerzas del capitalismo. Operación, donde también el ecosistema y la geografía son mercantilizados a través de la valoración escénica, la exuberancia de la belleza del paisaje, su exotismo, su privacidad, su virginidad y la vivencia del tiempo, lo que permite que entren como recurso escaso en otras constelaciones económicas y existenciales asociadas al uso y la contemplación.

Aquí, podemos instalar una de las variantes, la promovida por los llamados «Ecobarones», denominada así por parte del premio *Pulitzer* Edward Humes (2010). Se trata de quienes en los 90`s orientan parte de

¹⁰En otros trabajos (RODRÍGUEZ, REYES Y MANDUJANO, 2016) hemos desarrollado la idea de los procesos migratorios por amenidad, desde la ciudad a la ruralidad austral.

sus ganancias a la genérica *next economy* o economía verde. Condición filantrópica, no sujeta a modas, y que invierte en el desarrollo de nuevas tecnologías (autos eléctricos, turbinas eólicas, i.e.), y en el activismo ambiental (preservación de áreas silvestres). Lo importante es que lo que compra no es terreno (suelo), sino esencialmente ecosistemas sensibles y únicos, cuyo sentido es implementar un modelo: un parque privado-público de conservación, para la protección para de especies vulnerables y endémicas (RODRÍGUEZ, VALLEJO y GISSI, 2018).

En esta constelación, el espacio rural y sus nuevos moradores se vuelven la contramemoria de la modernidad y modernización urbana, aunque no significa que dejen de ser modernos a partir de la ambición y destino para su vida. Por ejemplo, en la Patagonia chileno-argentina toman fotografías, se escucha el viento, se pesca, se acampa, se anda a caballo, se practica bicicleta, se camina, se balsea el río o se recorre en kajak... se compran –también– miles de hectáreas; es un lugar «para los que tiene pasión por los ríos», para «los que se estremecen con los bosques o la estepa», para los que gustan de «los animales libres» y pueden apreciar el valor de la lluvia frente a una ventana y una chimenea humeante. Como experiencia, se puede comprender o aprender a través de inmersión local, el proceso de trabajo que da forma a la identidad territorial: la ganadería.

En términos productivos, una oveja es considerada productiva entre 4 a 7 años, y su vida como productora depende de su dentadura para poder alimentarse autónomamente. El ciclo anual comienza con la parición de las ovejas en primavera, cuya carne puede ser vendida en el mismo año. Las hembras no sacrificadas (su mayoría), son destinadas a la reproducción, mientras los machos son castrados. Los llamados «capones» son importantes como productores de lana. Luego, a los dos meses, los animales son marcados (señalada) como signo de propiedad en el mismo momento que se capa a los machos. Cuando se trata de importantes rebaños, es el primer momento de la cuenta, lo que permite hacer la raya para la suma de una buena o mala temporada, ya que la ecuación favorable es entre el número de ovejas que son separadas para los carneros reproductores¹¹. A este proceso, le sigue la esquila; y, enseguida, se realiza el baño para liberar a la majada de los ectoparásitos (sarna ovina). Ahí, los animales vuelven al campo, los nuevos ejemplares son destetados y separados por su condición de fértil, borrego/a, carneros, corderos y capones. A estas faenas le acompañan la restauración de cercos, los cuidados de la majada, la atención permanente a las condiciones climáticas para protección frente a las inclemencias del clima (mover a resguardo) y frente a los depredadores, así como la cadena de producción, requiere de alternancia en el uso de los pastizales. Al final, la venta será otro proceso (RODRÍGUEZ, VALLEJO y GISSI, 2018).

Desde el punto de vista del colono neorural, el ciclo productivo anual es simplemente parte del paisaje (escena y cuadro). Sólo es codificado estéticamente. Pero está extraído de las condiciones de sobrevivencia y lejanía extrema. Así, por ejemplo, que –además– algunas de las áreas rurales –como las patagónicas– sean áreas protegidas otorga, por una parte, un plus intangible y envolvente, de exclusividad, privacidad y excelencia; por otra, una nueva forma de relaciones de poder a través de un nuevo «lenguaje de valoración» (MARTÍNEZ, 2014) entre los que controlan y los excluidos. Entre las áreas protegidas de la Patagonia, solo en la región de Aysén, los Parques Nacionales y sus dimensiones expresadas en hectáreas son: Queulat (154.093), Isla Guamblin (10.625), Isla Magdalena (157.616), Laguna San Rafael (1.742.000). Las reservas corresponden a: Lago Carlota (18.060), Lago Las Torres (16.516), Lago Rosselot (12.725), Las Guaitecas (1.097.975), Río Simpson (41.621), Coyhaique (2.150), Trapananda (2.305), Cerro Castillo (179.550), Lago Jeinimeni (161.100), Lago

¹¹ Los factores reproductivos también se ubican fuera de la lógica de la manipulación. Entre estos, se ubican el frío, los vientos, la nieve, la falta de alimentos.

Cochrane (8.361) y Katalalixar (674.500). Y, los monumentos naturales son: Cinco Hermanas (228) y Dos Lagunas (181). A esto se suman los parques privados, inicialmente propiedad del fallecido ambientalista Douglas Tompkins, destacando su proyecto Parque Pumalín (290.000 hectáreas), la Estancia Valle Chacabuco y otras tierras aledañas (80.937 hectáreas); quién, además, se propuso desarrollar el futuro Parque Patagonia (292.183 hectáreas)¹².

Miles y miles de hectáreas quedan en manos de privados o del Estado. Pero son extensiones cada vez menos productivas, más estéticas y más solitarias, condiciones suficientes como para sentirse el «primer hombre». La «Cumbre de Río», leyó parcialmente estos cambios. Hizo una lectura sobre cuestiones y preocupaciones ambientales, y definió un criterio marco para referirse a la ruralidad: su carácter «multifuncional». Es decir, si la nueva ruralidad es heterogénea y representa solo parcialmente labrar un campo, hacerlo fértil y vivir en él y de él, por lo que la idea de multifuncionalidad es menos ruralidad arquetípica. La multifuncionalidad es contradictoria con un espacio productivo tradicional; y, en lo fundamental ratifica la ausencia de medidas de protección para la reproducción social y las formas de vida, la especialización productiva y el derecho a permanecer y sostener su vida territorializada, que son el sustrato de una identidad arraigada. Más aún, se entiende que la transformación socioespacial constituye una vertiente que enriquece, que es ensayística en términos de posibilidades, y que da paso a una neoruralidad (nueva ruralidad) abierta a la valorización de activos propios de su vida cotidiana, que significan patrimonializar el saber de las poblaciones para que transite este «primer hombre».

El espacio de producción tradicional no es un *commoditie*. Ahora, es un espacio multifuncional: heterogéneo, móvil y articulado a distintas redes y opciones de uso que se transforma en mercancía. Esta idea habla de la territorialidad que se ubica más allá de las formas tradicionales de desarrollo productivistas, por lo que las capacidades locales son puestas en otros circuitos y cadenas de valor, las que son activadas por formas de interacción social, económicas, políticas e ideológicas que pueden desarrollarse en espacios intra o extraregionales, o extraterritoriales. En este sentido, los refugios de montaña, las eco-estancias o eco-predios de magnates como los hermanos Benetton, Turner, Lewis y Lays en Argentina, y Tompkins, en la región de Aysén en Chile, y en Santa Cruz en Argentina, son una muestra de la multifuncionalidad, lenguajes de valoración e «ideologías» (STONICH, 1998).

Discutir estas cuestiones, implica mirar cuáles son los principios de ordenamiento territorial existentes, observar las prioridades de una agenda productiva, los procesos de acumulación y atender los alcances del Estado-Nación dentro de estos marcos, el que aparece disminuido y debilitado. Entonces, sin tipos ideales rurales, enfrentamos trayectorias socio-espaciales divergentes que expresan los rasgos de la multifuncionalidad y de consumo del espacio rural, destacando lugares de alta visibilidad como la Patagonia.

Los Estados de Chile y Argentina tuvieron sus propios límites y limitaciones para generar condiciones de igualdad estructural en todos sus territorios, tanto en lo referido a infraestructuras, polos industriales y desarrollo agrícola. La extensa Patagonia, constituyó una zona de «extremos». Montañas, lagos que parecían mares, ríos, vientos incommensurables, cambios climáticos que condensaban en un solo día la sucesión de estaciones, dieron forma a una vida pionera y colona, que estuvo siempre lejos de la figura de colonos prósperos que construyeron los espacios regionales de ambos países. Lejos de una vida fácil, el espacio físico dio

¹² A su muerte inesperada, expresando su deseo, su viuda Kristine Mc Divitt, hizo la donación más grande tierras privadas al Estado de Chile: 407.625 hectáreas. La única exigencia, es que éstas pasaran a la categoría de Parques Nacionales.

paso a un espacio social, que fortaleció un espacio único en que convergieron naturaleza y sociedad. De ahí, en estas tierras lejanas se forjó una ruralidad mítica y estereotipada, de la cual arrancan un conjunto de representaciones, apropiaciones y usos que establecieron un cierto modo de vida que trascendió su propio enclaustramiento. Las tierras australes de la Patagonia chilena y argentina constituyeron un refugio lejano, que hoy se encuentra valorizado como activo económico para ser consumido, al ser apreciado como un refugio cercano a la desmesura por su exuberancia, y por el desborde de colores, aromas y sonidos; donde predomina el imperio del viento, la lluvia y las tormentosas aguas, que acompañan la soledad sin límites, las claridades vacilantes.

La vida misma, la experiencia vital de la soledad, la lejanía, la ausencia de caminos, las dificultades de comunicación superaron con toda objetividad cualquier consideración política, administrativa y jurisdiccional sobre límites que pretendieran los respectivos estados. El día a día, como experiencia de construcción del espacio vital se impuso. Por ello, esta demarcación de la experiencia en aislamiento y soledad constituye un límite: el de la *otredad* interna de cada país. Así, la vida misma es el de la cotidianeidad recursiva, de una frontera interna que se vive como cuestión permanente; las tierras de la Patagonia son un fragmento mayor, por su extensión, de las relaciones sociales desiguales que se viven.

Tanto así, que se formaliza un territorio horizontal Atlántico-Pacífico, Pacífico-Atlántico, que desconoce la lógica longitudinal Norte-Sur con que ha sido establecida las relaciones de poder emanadas desde Buenos Aires y Santiago; capitales que concentran el poder económico y político, y que definen las trayectorias de las otras regiones.



Foto n.º 2. Casa de Don Miguel Toro, refaccionada por la familia Coronado Pinilla y transformada en hostel para turistas en el poblado de Futaleufú. Fotografía de los autores.

De este modo, lo que observamos en perspectiva territorial son un conjunto de micro-poblaciones que aprendieron a resolver cada día sus propias vicisitudes. Las relaciones centro periferia definieron genealógicamente los procesos sociales, culturales, económicos, políticos y morfológicos; diferenciando los territorios económicos-políticos, los administrativos de los vividos. Si en las zonas centrales, tempranamente se impusieron términos de referencia capitalistas y urbanos, y una ruralidad complementaria a sus requerimientos, en estas tierras australes la penetración del proyecto moderno se ha consumado más tardíamente. Por tanto, hegemonía y subalternidad son componentes que explican los procesos de desigualdad estructural y los identitarios de una ruralidad lejana que desde afuera hacia adentro se transforma en paisaje; también, el valor de la

subjetividad de los pobladores, sus luchas por reconocimiento, su cosmovisión y ontología, la tierra, los conflictos ambientales y el nombre propio, ya que nada de lo ahí construido desde la experiencia primaria del pionero y colono puede ser escindido de la territorialidad que nombra y significa cada lugar y accidente de la geografía.

En Argentina, hubo avanzadas militares en las últimas décadas del siglo XIX que dieron forma a la llamada «campana del desierto», un proceso de limpieza étnica que permitió el avance de un frente pionero, que en la medida que se ganaban metros y kilómetros el lugar usurpado a población mapuche era ocupado por miles de ovejas. Luego, en las primeras décadas del siglo XX, la imagen del país político se concretó con la presencia de la declaratoria de parques nacionales, la presencia de Gendarmería, Yacimientos Petrolíferos Fiscales y Vialidad. En Chile, un Estado de arcas fiscales más exiguas, las tierras australes fueron entregadas a compañías ganaderas que marcaron el territorio con millones de ovejas, sin lograr fundar asentamientos humanos.

Los territorios tuvieron una doble faz: fueron simultáneamente bellos, primarios y paradisiacos; y dolorosos, precarios y remotos. Así, nacieron unas tierras desiguales con itinerarios humanos y experiencias vitales viviendo en la periferia de ambos países. Hoy, son estas experiencias y estas tierras las que entran en la folletería del turismo, construyendo puentes entre lo local y el espacio nacional, y lo local y el espacio global. La precariedad es convertida en mito fundacional; el itinerario vital es valorizado como experiencia posible para aquellos que requieren conocer lugares únicos; ahí puede desarrollarse la sensibilidad estética de la mano de la experiencia de la libertad, enfrentando la naturaleza salvaje y las fuerzas del cosmos. Así, la territorialidad autónoma de estas poblaciones rurales que vivían en los márgenes de los estados se transforma en una territorialidad susceptible de ser gestionada por la política pública, los eco-barones, las agencias de viajes y los operadores turísticos. Como en tantos lugares, la ruralidad que sobrevivió a la urgencia del día a día, es transformada en un espectáculo que sostiene la subjetividad y que oculta lo procesual y el conflicto. Y el pasado rural que hablaba de ovejas, de cercos, de esquila, de señaladas, de peones, de frío, de hambre, de muerte, de enfermedad, de caminos andados, es reinstalado en el presente en los marcos de estrategias de desarrollo regional que escenifica y vende el itinerario vital como un bien cultural. La oferta, o el menú rural, folcloriza la vida dentro de un espacio de comunicación de historias de pioneros y colonos, construyendo nuevamente una relación centro periferia, donde predominan los intereses exógenos frente al producto naturaleza.

Así, mientras se pone la yerba en el mate, el frío atrapa las historias y anuda la sucesión siempre incompleta de los sucedidos, esos que se aumentan y contraen para que las historias sean perdurables y renovadas. Nadie cuestiona si son verdaderas. Sólo son. La volcaneidad de las brasas de las *lengas* y *ñires*¹³ hace de los claros oscuros un espacio de intimidad incondicional. Manuel, sin perder su impostura y rictus eterno, atiza los leños mientras se suceden los minutos y las horas esperando que afloren las claridades que vienen con los árboles, que se cimbran con las ráfagas de viento y lluvia, mientras las ovejas deambulan con su piel escarchada. La noche también guarda su crisálida: todo se vuelve blanco, pero, con las horas y los días, la gran mancha cegadora se recuperará (diarios de campo).

Dentro de estos marcos de soledad sin límites, de rincones nunca conocidos y de fogones inmemoriales, el turismo, pero de viajeros de ocio y eco-viajes, es un lenguaje de legitimación de la multifuncionalidad y nueva ruralidad, y simultáneamente del abandono y de la precariedad innombrable. El de olvido de esa ruralidad, ahora escenificada a nivel mundial como *geomarca* y a través de *geosímbolos* (árboles, animales, montañas,

¹³Se trata de árboles nativos de alto poder calórico, que son utilizados como leña para calefacción o cocinar.

ríos, lagos, hielos), representa todos aquellos reclamos postergados hacia los centros de poder, hacia el nulo reconocimiento a la propia identidad (étnica o mestiza) y la construcción de una ruralidad que permitió consolidar las fronteras del Estado. También, una máquina de generación de nuevos recursos dentro de la economía verde, que se impone sobre los reclamos que llevan cien años, a uno y otro lado de la baja cordillera de Los Andes.

El turismo, así como la declaratoria de parques nacionales o áreas protegidas, es a posteriori de muchas de las poblaciones que humanizaron el espacio. Con estos dispositivos corporales y geográficos se produce un proceso de colonización de las formas de vida locales, conforme a normas de modelización económica e institucional. Sin fronteras, «multifuncionalmente», los hermanos Benetton construyen su imperio ganadero, de la ropa y el color; Ted Turner, del mundo de los medios, adquiere su paraíso terrenal; Douglas Tompkins, dueño de *Spirit* y *North Face*, construye su sueño de los parques privados (Ver SÁNCHEZ, 2006). Y otros chilenos, varios incorporados al ranking Forbes, construyen su propio paraíso, donde en algunos casos sus extensiones prediales sobrepasan el tamaño de países como Bélgica.

La Patagonia reciente rompe con su propio estigma: la incapacidad del Estado de invertir e intervenir en un vasto territorio, crea su propia diversidad en paisajes y sujetos. Esto demuestra que hubo siempre más geografía que Estado. Nunca hubo grandes ciudades ni política de colonización efectiva. Por tanto, hablamos de un territorio nacional, que es de los menos nacionales; un territorio con autonomía social y cultural, que es distinto, menos conocido y más seductor. Un territorio para consumir a través de la experiencia. Señalan Núñez, Aliste y Bello (2016):

«A partir de la década de 1990, y luego de ser considerado durante todo el siglo XX un territorio de colonización ganadera con una impronta tipo Far West muy similar al imaginario geográfico del oeste americano, Patagonia-Aysén (Chile) fue mutando de proyección sociocultural y comenzó, con inusitada fuerza, a interpretarse y, por ende, a comprenderse, como una zona esencialmente de conservación y protección ambiental. El bosque, otrora inútil e inservible, incompatible para aquella conquista ganadera, se transformó en una herramienta elemental de un nuevo discurso del desarrollo.»

De modo que, en este «nuevo discurso del desarrollo» tardío y reciente para el eco-lujo, eco-viajes y eco-valores, aparecen varias dimensiones que dan forma al por qué este territorio rural dentro de la multifuncionalidad que le caracteriza se vuelve tan atractivo y lugar de consumo en otras:

1. *Valorización creciente de la naturaleza como espacio que debe ser conservado y no explotado;*
2. *Excepcionalidad del paisaje, la diversidad eco-sistémica y la existencia de lugares únicos a nivel mundial;*
3. *Un lugar subdesarrollado, ya que nunca tuvo economías metropolitanas, y se mantiene en gran aislamiento;*
4. *Un lugar por descubrir, aún sin caminos de altos estándares;*
5. *Protegido por el propio capitalismo a través de la creación de «parques privados de conservación», de venta de bonos de carbono y generación de parcelaciones exclusivas con membrecías para inversionistas de clase mundial;*
6. *Grandes áreas protegidas por el Estado a través de parques nacionales, reservas y monumentos naturales;*
7. *Inexistencia de enfermedades contagiosas, animales peligrosos y secuestros.*

Serje, dirá que: «todas aquellas regiones no transformadas y dominadas por Europa y por la lógica comercial, los territorios más recónditos e ignotos, se vuelven el lugar privilegiado para la experiencia de la naturaleza. En adelante, ellos son la Naturaleza. Y son justamente estos «confines» los que se van a convertir en el objeto de un proceso de erotización...» (2005: 80). «La erotización de los confines los transforma en un objeto para ser poseído» (op. cit. 81). De este modo, la combinatoria es entre estética y experiencia vital, permiten que los caminos del agua, del bosque, del sonido, de los colores, de los aromas, se conviertan en la ruta del acto indagatorio. Una dimensión sublime de goce y placer que crea su propia mitología e imaginario.

Un acto indagatorio sobre sí y de contemplación del espacio, es un eco-viaje. Tiene como material de trabajo la reconstrucción de las gramáticas sobre las cuales se organiza la vida individual y colectiva. Los actos indagatorios etnológicos tienen mucho de lirismo cargado de pesadumbre, de exhibir el agobio, de disolución del lazo, de ruptura del enlace, de pérdida de memoria y ciclos abortados.

El acto indagatorio posibilitado por la ruralidad austral y de la tierra de los confines y del fin del mundo, es el que permite «con toda intensidad la experiencia de la casa, ahora ya no tan sólo como el refugio ante el hielo metafísico. La separación dentro-fuera determinada por las paredes y por el tejado, además de relativa, no supone ni cierre ni aislamiento, sino, al contrario, la condición de posibilidad de la salida» (ESQUIROL, 2015: 12).



Foto n.º 3. Canales en la zona de Puyuhuapi, refugio de navegantes. Fotografía de los autores.

Estas indagaciones son de margen, de un más allá de la ciudad como expresión del límite del pensar. ¿Acaso sería posible coronar la cima de la montaña más alta sin pasar la noche en la tienda de campaña o en el refugio? (op. cit. 12. Por este motivo, destacamos tres cuestiones relevantes que se despliegan en la Patagonia-producto, que le hace atractivo como lugar de consumo-paisaje-rural y como espacio proclive a la intimidad reclamada, y que registramos en nuestro trabajo de campo como elementos a considerar en los marcos de la multifuncionalidad rural.

Etnográficamente constatamos que:

1. *En los viajeros existe una asimilación no formalizada de la crisis de la razón, lo que se traduce en una apuesta para dar curso al propio deseo, a la propia felicidad; es un lugar de alertas, de sentidos abiertos, de nuevas implicaciones con el Gran Otro (la naturaleza);*
2. *Es el refugio de un mundo de ex; hay un reconocimiento de que todo no es posible, lo que convierte a los sujetos en personas liberadas de la superlativa autoexigencia; vivir bien no constituye un todo; lo importante son las razones por las cuales se desea vivir;*
3. *Se consolida a través de los eco-viajes y la nueva ruralidad una crítica severa al maximalismo, al cuerpo conceptual cerrado y extremo de la ciencia, de la verdad absoluta, de la modernidad irracional, del dominio de la técnica, de las cegadoras luces de la razón, como si estuviera de manera perenne la idea de Marcuse del «hombre unidimensional».*

V. Deseo, emociones y refugio en el mundo austral

Sabemos, la ética antropocéntrica proyectada por Kant, que estudia el comportamiento de los hombres entre sí, ha resultado de orientación para un conjunto de doctrinas que han elevado a la especie al sitio superior. Frente a ella, las formas de consumo de esta ruralidad a través de procesos migratorios inversos, la desconoce; refrenda que el *homo sapiens* está acorralado por su propia evolución, por su propio mundo. No ha reconocido el límite de su propio crecimiento, por lo que busca refugio en estos lares. Por eso, la modernidad que hemos desarrollado construye múltiples capas que generan un espesor opaco que encubre todo misterio y pocos márgenes para la autoexpresión. Ha uniformado a sus víctimas del progreso sin distinciones; borra lo particular, su excepcionalidad y su expresividad. La expansión máxima y estructurante es la desaparición de la diversidad y la coexistencia; es ante todo un borramiento, ausencia de escritura, de lenguaje erradicado, de reconocimiento de las alteridades presente en el Gran Otro. Es también la fosa de las existencias desaparecidas, de las diferencias anuladas, de las defunciones de las memorias rurales, de los viajes de los pioneros.

Entonces, aquí la importancia de esta nueva ruralidad de eco-viajes y avecindamientos: se encuentra alojada el hontanar de la reflexión, el brote fulgurante del hastío, del pesimismo, la tristeza y los remordimientos de una civilización. Cansancio, monotonía, superficialidad de las relaciones al interior de la ciudad son referencias testimoniales que inducen a la búsqueda de nuevas oportunidades y sentidos que descansan en esta multifuncionalidad. «Yo quería una oportunidad para criar a mis hijos»; «yo quería tener tiempo para leer»; «yo no podía seguir en Puerto Montt, estaba muy loco», registramos. Por ello, la cuestión de la escala y la alta densidad de relaciones socio-naturales se vuelve vital en la Patagonia. Se trata de una escala más humana de vida, de una mutación simbólica y de apreciación de detalles, donde la cercanía a la naturaleza sin jerarquía antropocéntrica se convierte en un nuevo referente que refleja un alejamiento del énfasis en la eficiencia económica, la autoridad burocrática y la racionalidad científica.



Foto n.º 4. Ciclista solitario en la Carretera Austral, única vía estructurante que lleva más de 40 años de construcción por parte del Estado de Chile. La ruta, que no conecta ciudades, no asegura que un viaje pueda concluirse debido a continuos derrumbes, caídas de árboles y crecidas de ríos. Fotografía de los autores.

Sabemos, no existe el yo separado y prescindente, sino un estatuto de libertad en dependencia recíproca de las configuraciones sociales y naturales. Pero, es la inflexión existencial y socio-espacial la que da paso a

la elección de un lugar donde proseguir para hallar un sentido, en el que el hombre/mujer nuevo/a pueda prescindir del mal, volviéndose enemigo de las intolerancias y las certezas absolutas. Un lugar de tipo leivtrossiano: «cuidar tiernamente la imperfección que nos empeñamos en eliminar» (LÉVI STRAUSS, 2006:484). Lugar que derriba la perfección como sentido orientador y tiene en su esencialidad una crisis de la anatomía de las relaciones humanas y no humanas. Y, es precisamente ahí donde se revela la comodidad o incomodidad de la existencia; si la levedad icónica de la música de la orquesta *Titanic* nos resulta placentera o si es necesario cambiar el ritmo con el aprendizaje de la incerteza, pero con la convicción de que queremos estar en otro lugar. Así, andar, buscar, sentir y apreciar en la Patagonia, es una de las experiencias inenarrables a las que algunos pueden optar. Pero, antes que nada, es lo seductor de la experiencia de la lejanía y de enfrentarse a lo esencial lo que permite hablar de consumo de lugares como la Patagonia.

Si existe el deseo de llegar a otro lugar, es porque toda elección como obra en construcción no tiene necesariamente un sentido fijo, estable ni de universalidad necesariamente; es porque se ha perdido el miedo y ya se manifiesta como símbolo de expiación. No es necesario saber de latitud, longitud o profundidad de la mar, o no tener el mapa –como lo hizo Magallanes– para unir los dos océanos en la Trinidad, en 1513, pero sí el deseo de ir hacia algún lugar, de enfrentar los propios ciclopes como señala Kavafis.



Foto n.º 5. Barcaza en el lago General Carrera, transporte obligado para turistas y viajeros del ocio.
Fotografía de los autores.

El eco-viaje a la Patagonia, como expresión de consumo, es tiempo y espacio de aprendizaje para tomar la posesión de la propia vida reclamada a la modernidad; ulisíaco como «deseo», no consumación del mismo, activación de sensaciones y emociones; de expresión de empeño y energía para abrirse a mirar desde otro lado; y, de asignación soberana de prioridades de existencia. La Patagonia ofrece un orden que habla de todo lo posible bajo un régimen de sueño imperfecto, de nuevas emociones y exigencias nuevas. En la Patagonia, el viaje «no pasa por el discurso sino por el cuerpo» (SARLO, 2014:13); constituye «el instante fuera de la biografía» (op. cit. p. 22). «Vivir es ser otro. Y sentir no es posible si hoy se siente como ayer se sintió: sentir hoy lo mismo que ayer no es sentir –es recordar hoy lo que ayer se sintió, ser hoy el cadáver vivo de lo que ayer fue vida perdida» (PESSOA, 2010:114). Se trata de mover el aspecto trémulo y pesado de la vida, porque no solo se pertenece a una sociedad insuflada en el magma de la masificación, sino también aquella que deja los espacios laterales para ser leídos o llenados con otras historias, distinciones, capacidades que no conocemos y otros dominios que están disponibles como discontinuidad.

Para vivir es necesario reavivar perpetuamente la emoción. Es activar la búsqueda, la actitud contemplativa y peregrina para estar de otra manera en el mundo; dar paso a un yo singular e íntimo sobre lo que se quiere ser o poseer, creador de expectativas y gatillador de una nueva economía de la personalidad. La reiteración de mañana es sobre ojos que miran desde otro lado, que receptionan las sombras como únicas, la luz de la luna deformada cada día un poco más sobre el muro estriado, el ardor del sol como un nuevo color que se posa sobre la superficie de la muralla del Oriente. Son preguntas y apreciaciones renovadas las que guían la existencia, para dar forma a un universo paralelo, donde cambia la densidad de lo profundo, lo superficial, lo importante y lo accesorio. ¿Cómo es vivir sin el imperio de la verdad o sin la certeza del camino? ¿Cómo es vivir sin *ismos*? ¿Qué implica la reconfiguración del mundo y apropiarse de la ruralidad?

Responder es un problema de disidencia, de separación que enarbola una opción: ganar la libertad y sacrificar la seguridad; el camino de un soliloquio que empieza en algún lugar, pero de difícil extinción. Se trata de recuperar el poder de decisión, conscientes que aquello historizado como moderno ha invadido nuestra intimidad, es un presente infinito y un dios del ocaso, pero que en un lugar como la Patagonia los medios y los deseos pueden encontrar un equilibrio en algún punto por descubrir.

Una triada reformula el sentido del ser y el hacer: estar frente a uno mismo, cultivar la intimidad familiar y la armónica convivencia y sociabilidad. Conforme a testimonios recogidos en trabajo de campo, en los lugares más aislados y desprovistos «se ha vivido y resistido simultáneamente». Si siguiéramos la tesis de Gastón Bachelard (2000: 28), ello ocurriría porque «todo espacio realmente habitado lleva como esencia la noción de casa... [se] vive la casa en su realidad y en su virtualidad, con el pensamiento y en los sueños», y desde la lejanía, a muchos, esta ecúmene, da razones o ilusiones de estabilidad para vivir.

«En Alemania tenía un trabajo bastante seguro... era muy rutinario. Tenía que caminar y mirar si las chimeneas funcionaban adecuadamente, y avisar a los dueños que debían reparar para evitar incendios. Viajé, y recorrí muchos lugares. Me quede aquí [cerca de Río Ibáñez]; tengo unas pocas ovejas, hago un poco de ecoturismo, y tengo esta fábrica artesanal de cerveza... qué más puedo pedir?. Duermo la siesta, y a veces veo una película en el computador... Lo único que tengo es tiempo».

Entonces, es lo propio y exclusivo del mundo doméstico reformulado lo que contribuye al desarrollo y crecimiento de un sentido de comunidad. Este estado, sin pretensión de convencer al entendimiento, más lento, como el río que va por el llano, porque como señala el adagio «en la Patagonia quien se apura, pierde su tiempo», es también la expansión de derechos y de la vida a otros seres arrebatada por el lenguaje de la economía y la técnica. De este modo, la estética de este vivir rural y de estos eco-viajes es el de una obra imperfecta; llega con la mañana que ilumina las montañas, la brisa del medio día o con el frío del atardecer, ya que es territorialmente como un libro sorpresivo (como la novela Rayuela, de Cortázar). En la Patagonia, las cuatro estaciones se pueden experimentar en un día, pero son también las imaginaciones materiales de los cuatro elementos las que metaforizan la vida: lo que en lo profundo es un misterio; y lo que, en su desarrollo, es fuerza inagotable.

Las preguntas son el reconocimiento de la ruptura humana con un equilibrio fundamental: somos incapaces de repartir la riqueza equitativamente. Por ello, encontrar otro encuadre como el ofrecido por la ruralidad lejana y remota, huir en su sentido extremo, es sacudirse de la inmanencia histórica de los sofismas que construyen la vida común, de los lenguajes teleológicos, abandonar los catecismos que llevan a la injusticia y lo que parece inalterable. Para aquellos que aprecian la vida, se vuelve irresistible; no a los viejos dogmas y soluciones, no a la máquina voraz, ésa que traga y traga. Se trata de limpiar muchas de las ficciones, de cancelar todo aquello que priva de la comunicación intersubjetiva. Liberarse, entrar en las constelaciones de la

ruralidad patagónica como neo-colono o eco-viajero, implica distanciarse la posibilidad del bien absoluto; también de la comunidad nacional y la mística de otras. Las preguntas dejan fuera el totalitarismo de la modernidad. El ejercicio del bien ya no puede ser a través del *dictum* del *corpus* jurídico, surge de la necesidad de corregir la conducta para ser sostenedores de una vida digna y decente. Por ello, la Patagonia que se consume es defendida como un gran Arca de Noé, una «reserva de vida» con grandes parques donde se está impedido de encender fuego, cazar, pescar, talar un árbol; y, proyectos que buscan el «disclimax», es decir, la restauración de los ecosistemas a sus estados más prístinos. En este sentido aparecen dos cuestiones centrales, que pueden ser identificadas con formalizaciones que logran importante notoriedad para organizar lo que ocurre en la Patagonia: la sociedad decente y el buen vivir.



Foto n.º 6. Familia de camélidos silvestres en Estancia Valle Chacabuco, del Ambientalista Douglas Tompkins. Fotografía de los autores.

El «Buen Vivir o Buen Convivir» es de márgenes, fuera del bienestar occidental. Está fuera de los modelos convencionales, pero es inclusivo respecto de perspectivas con distintos anclajes espacio- temporales. Se sustenta en la «convivencia ciudadana en diversidad y armonía con la Naturaleza, a partir del reconocimiento de los diversos valores culturales existentes en el país y en el mundo» (ACOSTA y MARTÍNEZ, 2011:14). Es aquí donde surge el valor del paisaje ausencia. Aquello relegado y que requiere del impulso y el esfuerzo de una geografía de la imaginación para abrir ángulos de fuga, solo lo podemos encontrar cuando la solidaridad permite la concreción de acciones comunes. Alguien que identifica, contempla y produce los encuadres de la tierra virgen y arcaica, subsumidos en unos límites inabarcables que se traducen en el destino del deseo. El encuadre, es de aquellas cosas que se suman a la vida para siempre: el misterio del bosque como casa sagrada, todos los murmullos del ocaso, el rezo del viento, el ciclo del agua, el breve silbido de un pájaro, los zumbidos de los insectos, el rugir de las caídas del agua, el atardecer melancólico de agosto, el despertar del sol en la primavera retrasada, las claridades empinadas sobre la montaña. Es una figura espiritual, una *eutopía* que excede el territorio o el mapa, que tiene una universalidad extraterritorial. La figura espiritual, por cierto, no es producto de una severa reflexión filosófica, como hicieron los hippies en los años 60's, cuando calcularon que a partir del paralelo 42, al sur, estarían a salvaguarda de la radiación nuclear, lo que ya perfiló la Patagonia como tierra deseable. Es resultado de las limitaciones para que el capitalismo llegue al último limbo del planeta; también por las luchas y convicciones de todos aquellos que expresaron adhesión y reconocimiento sobre lo que es vivir *al margen* o *fuera de*.

VI. Comentarios finales

En este profundo proceso de cambio del mundo rural, y bajo el prisma existencialista que hemos desarrollado, indudablemente existen muchas formas de usar y vivir el territorio. Es evidente que la economía mundo puede prescindir de algunas o importantes zonas productivas de alimentos, para dar lugar al mundo subjetivo del consumo de lugares a través de experiencias y controles territoriales de quienes mayormente pueden elegir él o los destinos de sus vidas. Sin embargo, las áreas bajo control privado, las convertidas en reservas o las turistizadas para ricos de clase mundial, se vuelven improductivas; y, lo que hacen es limitar las posibilidades de reproducción de las poblaciones. Con ello, las relaciones de poder se verticalizan aún más, y obliga a las poblaciones locales al abandono de aquello que dotó de sentido su vida inter-generacionalmente. Cuando se recorren estas tierras australes, los ojos de las personas de esos rincones, parecen transmitir una cierta tristeza antigua e intergeneracional. Pero, el estatuto del paisaje, los caminos ripiados y la soledad de esos hombres y mujeres que fueron pioneros (as) y colonos (as), son un componente esencial para que sus vidas entren en la vida de otros, como decorados funcionales en el proceso de reescritura de la ruralidad y consumo de los lugares.

La privatización de la naturaleza, es decir, aquella parte convertida en paisaje, no solo invisibiliza la memoria del trabajo, sino que convierte lo escénicamente extraordinario en un nuevo elemento diferenciador y de clase. Acceder o controlar lugares únicos, es simultáneamente consumir y expulsar. Y la ruralidad, así como expresa esta importante cromática de transformaciones en lo productivo y posición de los sujetos (los tradicionales y los nuevos), queda atrapada en el mundo de la especulación y del valor de cambio a través del paisaje único. Y esa ruralidad-paisaje, y esos decorados (arquitectónicos, tradicionales, objetuales) son los objetos de consumo de una clase que puede llegar con sus eco-viajes hasta el fin del mundo.

Lo rural productivo, ahora tiene el rótulo de ecológico, lo orgánico, lo natural, lo seguro y lo responsable. La operación historiográfica fosiliza la condición de la naturaleza, y la reserva solo para quienes pueden tenerla o pagarla. En ello, existe un gesto y expresión de conquista y de dominio, el que es de poder. Lo expuesto como proceso de reescritura territorial refiere a una sintonía fina. Las últimas dos décadas en Chile, han sido de denuncias sobre problemas y conflictos ambientales; y, con ello, se ha ido imponiendo un discurso y una sensibilibilidad «verde» en la ciudadanía.

Esto ha tocado las tierras australes y su magia, lo que ha permitido potenciar el slogan regional: «Aysén, Reserva de Vida». Que se transforme en una geomarca de la belleza y de la vida, no contradice los nuevos controles existentes sobre el espacio rural y su valor ecosistémico, los que en algunos casos están dentro de los márgenes del propio capitalismo destinados a cumplir una función especulativa y de ecoviajes. Pero, no lo es menos, para el disfrute y consumo privado como neocolono, o como viajero del ocio, el viajero de clase mundial. Las tierras de los confines son las tierras de la proyección, porque están mistificadas como recurso capitalista dentro de discursos verdes.

VII. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ACOSTA, A. y MARTÍNEZ, E. (2011). «Prólogo. Del mal vivir al buen vivir. Una Lectura actual, incómoda y comprometida». En *Mal desarrollo y Mal vivir. Pobreza y violencia a escala mundial*. pp. 9-26 ABYA YALA: Ecuador.
- ATTALI, J. (2015). *Historia de la modernidad. Cómo piensa su futuro la humanidad*. Nueva Visión, Buenos Aires.
- BACHELARD, G. (2000). *La poética del Espacio*. FCE, México.

- BARKIN, D. (2001). «La nueva ruralidad y la globalización». En Edelmira Pérez, María Farah y HubertCarton de Grammon (comps.) *La nueva ruralidad en América Latina*, tomo II, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá: pp. 21-40.
- BONNAL, P. BOSCH, P., DÍAZ, M y LOSCH, B. (2004). «Multifuncionalidad de la agricultura y nueva ruralidad: ¿reestructuración de las políticas públicas a la hora de la globalización?». En Edelmira Pérez y María Farah (comps.) *Desarrollo rural y nueva ruralidad en América Latina y la Unión Europea*. Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá: pp. 19-41.
- BRITTON, S. (1991). «Tourism, Capital, and Place: towards a critical geography». En *Environment and Planning D: Society and Space*. Vol 9, n°4, pp. 451-458.
- CARTON DE GARMONT, H. (1999). *Agricultura de exportación en tiempos de globalización*. Juan Pablos, México.
- CARTON DE GARMONT, H y MARTÍNEZ, L. (comps.) (2009). *La pluriactividad en el campo latinoamericano*. FLACSO, Quito.
- Cumbre de Río Declaración de Río sobre el Medio Ambiente y el Desarrollo
www.un.org/spanish/esa/sustdev/agenda21/riodeclaration.htm
- DOUGLAS, M. e ISHERWOOD, B. (1990). *El mundo de los bienes. Hacia una antropología del consumo*. CNCA-Grijalbo, México.
- HARVEY, D. (1998). *La condición de la posmodernidad. Investigación sobre los orígenes del cambio cultural*. Amorroutu: Buenos Aires.
- HUMES, E. (2010). *Eco Barons: The New Heroes of Environmental Activism*. Ed. ecco/Harper Collins, New York.
- INGLEHART, R. (1997). *Modernization and Postmodernization: Cultural, Economic and Political Change in 43 Societies*. Princeton, N. J.: Princeton: Princeton University Press.
- LÉVI STRAUSS, C. (2006). *Tristes Trópicos*. Paidós: Buenos Aires.
- LLAMBÍ, L. (1996). «Globalización y Nueva Ruralidad en América Latina». Una agenda teórica en la investigación. En: HubertCarton de Grammont y H. Tejera (coords). *La sociedad rural mexicana frente al nuevo milenio*, vol. 1, *La inserción de la agricultura mexicana frente en la economía mundial*. Plaza y Valdés / Instituto Nacional de Antropología e Historia / UAM-Azcapozalco / UNAM, México, pp. 75-98
- LLAMBÍ, L. y PÉREZ, E. (2007). «Nuevas ruralidades y viejos campesinismos. Agenda para una nueva sociología rural latinoamericana». En *Cuadernos de Desarrollo Rural*, 4 (59): 37-61.
- MARTÍNEZ, J. (2014). *El ecologismo de los pobres. Conflictos ambientales y lenguajes de valoración*. Quimantú, Chile.
- MARTÍNEZ, E. y VALLEJO, J. (2016). «Políticas públicas y parques industriales en dos municipios rurales en el centro de México. El caso de las maquilas de confección», pp. 166-190. En *Transformaciones rurales en la globalización: trabajo, cambios territoriales y ruralidades*. H. Salas y G. Paleta eds. UNAM-IIA, México.
- NEUZEILLES, G. (2002). *La naturaleza en disputa. Retóricas del cuerpo y el paisaje en América latina*. Paidós, Buenos Aires.
- NÚÑEZ, A., ALISTE, E. y BELLO, A. (2016). «Patagonia-Aysén, Reserva de Vida: el discurso de la naturaleza como nueva utopía capitalista (Chile, siglo XXI)». XIV Coloquio Internacional de Geocrítica: *Las utopías y la construcción de la sociedad del futuro* Barcelona, 2-7 de mayo.
www.ub.edu/geocrit/xiv_nunezaliste.pdf
- PESSOA, F. (2010). *Libro del desasosiego*. Acantilado: Barcelona.
- PRATT, M. (1992). *Imperial Eyes: Travel Writing and Transculturation*. Londres: Routledge.

- RODRÍGUEZ, J., REYES, S. y MANDUJANO, F. (2016). «Reconfiguración espacial y modelos de apropiación y uso del territorio en la Patagonia chilena: migración por cambio de estilo de vida, parques de conservación y economía de la experiencia». En *Revista Norte Grande*, n° 64: pp. 187-206.
- RODRÍGUEZ, J., VALLEJO, J. y GISSI, N. (2018). *Conflicto de ontologías y procesos de conservación ambiental en la Patagonia chilena: repensando la sustentabilidad en el siglo XXI. (ms)*
- ROSALDO, R. (1989). *Culture and truth. The Remaking of Social Analysis*. BeaconPress, Boston
- SALAS, H., RIVERMAR, L. y VELASCO, P. (eds.) (2011). «Introducción. Espacio y comunidad en época de globalización» En *Nuevas ruralidades. Expresiones de la transformación social en México*. UNAM /IIA /Juan Pablos Editor, 11-28. Mexico.
- SALAS, H. (2016). «Apuntes para comprender la transformación de los territorios rurales en comunidades ejidales de Nativitas al sur de Tlaxcala». pp. 149-166. En *Transformaciones rurales en la globalización: trabajo, cambios territoriales y ruralidades*. H. Salas y G. Paleta eds. UNAM-IIA, México.
- SÁNCHEZ, G. (2006). *La Patagonia vendida. Los nuevos dueños de la tierra*. Marea Editorial: Buenos Aires.
- SARLO, B. (2012). *Viajes. De la Amazonía a las Malvinas*. Seix Barral: Buenos Aires.
- SASSEN, S. (2015). *Expulsiones. Brutalidad y complejidad en la economía global*. Katz: Buenos Aires.
- SERJE, M. (2005). *El revés de la nación. Territorios salvajes, fronteras y tierras de nadie*. Ediciones Universidad de Los Andes: Colombia, 2005.
- SCHIWY, F. (2002). «Ecoturismo, indígenas y globalización. Rearticulaciones de la naturaleza en este fin de siglo» En *La naturaleza en disputa. Retóricas del cuerpo y el paisaje en América latina*. pp.203-234. Neuzeilles, G. (comp.) Paidós, Buenos Aires.
- SIMMEL, G. (2002). *Sobre la aventura. Ensayos de estética*. Ediciones Península, Barcelona.
- STONICH, S. (1998). «Political Ecology of Tourism». En *Annals of Tourism Research*. Vol. 25, n.º1, January, pp. 25-54.
- ZUSMAN, P. (1999). *Representaciones, imaginarios y conceptos en torno a la producción material de fronteras*. Biblio 3W. Revista Bibliográfica de Geografía y Ciencias Sociales, Universidad de Barcelona, n.º 9.